

XII.

Los Goys y los Cabochianos.—Insurreccion suscitada por el duque de Borgoña.—El duque de Berry solicita de los Cabochianos el permiso de volver al hotel de Nesle.—Omnipotencia del carnicero Caboche.—Los Cabochianos marchan contra el hotel de Nesle.—Blanca se refugia en la torre de la orilla del agua.

La partida del duque de Berry para Angers, causó una viva inquietud al duque de Borgoña.

La coalicion de los príncipes, que era ya tan temible, iba á ser mas poderosa todavía, porque Juan de Berry tenia numerosos vasallos.

A pesar de su prodigalidad, sus recursos financieros estaban léjos de haberse agotado, y miéntras que el desgraciado Carlos VI, confinado en el hotel de San Pablo, se veía obligado á vender su capilla para vivir, su fastuoso tio continuaba prodigando oro, y no cambiaba nada de sus suntuosas costumbres.

No necesitaba mas para atraerse en su derredor la mayor parte de la nobleza de Francia, y particularmente á los jóvenes, que componian la principal fuerza del país.

Juan-sin-Miedo comprendió que no podia sostener la lucha, sino apoyándose en el pueblo, y comenzó por establecer en Paris una compañía llamada *milicia real*, mandada por tres carniceros llamados *Goys*, milicia cuya indisciplina y avidez aumentaron mas los males que abrumaban á Paris y sus alrededores.

Por todas partes no habia mas que robos, asesinatos, incendios.

Saint-Cloud y San Dionisio, tomados y recobrados sucesivamente por los dos partidos, fueron teatro de espantosas escenas.

Sin embargo, nada se emprendió entonces contra el hotel de Nesle, porque el duque de Berry era generalmente querido de los parisienses, y aunque se hubiese declarado por los armagnacs, y aunque estaba en la campaña al pié de numerosas bandas, las guardias que habia dejado en su real residencia, observaban cierta neutralidad, rehusando igualmente hacer causa comun con los bourguíno-

nes ó con los armagnacs, cuyos numerosos partidos se presentaban á menudo hasta bajo los muros de aquella magnífica habitacion.

Juan-sin-Miedo, mas convencido que nunca de que no podria llegar á sus fines sino con el apoyo de los parisienses, sin conmoverse por los terribles excesos á que se entregaban los Goys, pensó en darles auxiliares, y esta vez tambien buscó sus gefes entre los carniceros.

“Este duque levantó en esta ciudad (Paris) una tropa de carniceros y desolladores de béstias, cuyo capitan era un tal Simon Caboche.

“Hizo sublevar la clase inferior de los habitantes; y este ejército, mandado por el Sr. de Jacquville, y dirigido por un médico llamado Juan de Troyes, partió de la casa del ayuntamiento, marchó hácia la calle de San Antonio, y llegó delante del hotel donde vivia el duque de Guyenne, hijo del rey, y donde tambien estaba el duque de Borgoña.

“Allí pidió aquella tropa amenazadora que se le entregase la mayor parte de los oficiales del duque de Guyenne.

“Fueron entregados y llevados presos al hotel d’Artois, y de allí á la torre de Bois, cerca del Louvre.

“El delfin escigió del duque de Borgoña, su cuñado, que jurara sobre una cruz de oro fino, que no se haria ningun mal á los presos.

“Pedro Desessarts, quien mandaba la Bastilla, entregó esta fortaleza al mismo duque, quien, bajo juramento le prometió toda seguridad; pero inmediatamente que Desessarts abrió las puertas, fué cogido, aprisionado, acusado de diversos crímenes y decapitado (1).”

Al salir de la capital el duque de Berry, habia contado con alguna batalla prócsima y decisiva; de ahí es que se desconcertó cruelmente, cuando vió que no se trataba mas que de una guerra de partidarios, cuyo principal objeto parecia ser el pillage.

Con todo, permaneció entre los confederados, miéntras que pudo esperar que las cosas tomaran otro aspecto.

Pero al cabo de diez y ocho meses, viendo que tanto por una como por otra parte estaban en el mismo punto, y que las hostilidades amenazaban con ser interminables, degenerando la guerra en robos á mano armada, en los que no salian victoriosos mas que los ladrones mas diestros ó mas atrevidos; cuando el duque de Berry vió eso, decimos, se disgustó; comenzó por lamentarse de haberse adunado á ese partido en el que los ladrones estaban en mayoría, y sintió el deseo de volver á seguir la dulce vida de sibarita en su hotel, del que se arrepentia de haber salido.

Pero eso era poco fácil, porque la desesperacion de la milicia parisiense habia llegado á su colmo.

El carnicero ó matador Caboche se habia hecho dueño absoluto de Paris, y no

(1) DULAURE.—*Historia de Paris.—Historia de la Bastilla.*—Boisgard, editor.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

pasaba día que no hubiese en la capital alguna sangrienta ejecución de armagnacs, sin juicio previo, y por la sola decisión de Caboche, quien disponía soberanamente de las vidas y haciendas de los ciudadanos.

Caboche, que ya había hecho saquear gran número de hoteles, cuyos propietarios ausentes eran tenidos por armagnacs, no había, según hemos dicho, intentado nada contra el hotel de Nesle.

Pero en eso no había hecho más que obedecer las órdenes de su señor y amo el duque de Borgoña, quien quería dejar una puerta abierta á los disidentes, esperando que, cansados de la guerra, los más exaltados acabarían por rendirsele.

Instruido de estos detalles, el duque de Berry escribió á Juan-sin-Miedo:

“Hermoso sobrino: No necesito deciros que siempre os he estimado mucho, y si desgraciadamente hemos estado divididos en algunos puntos, ha sido porque no nos hemos entendido.

“Queriendo remediar esto, os hacemos saber que, satisfecho de vuestro gobierno el que conducís sabiamente con la reina, estamos resueltos á volver á nuestro hotel de Nesle, y para esto, os rogamos que nos quede el paso libre, y que á este fin no se opongan vuestras gentes.

“Mediante lo cual, amado sobrino, os tendrémos por querido y amado nuestro.”

Nada podía agrandar tanto á Juan-sin-Miedo como esta sumisión; pero precisamente á causa de la importancia que le daba, no quiso admitirla con mucha facilidad.

Respondió, pues, al duque de Berry, que en cuanto á él, creía en los nuevos sentimientos de su querido tío, y los elogiaba mucho; pero que, á causa de las desgracias de los tiempos, no mandaba solo y que le era preciso contar con Simon Caboche, capitán general de la milicia parisiense, que era el único que disponía de las fuerzas de la capital.

Pedir á ese carnicero el permiso de volver á su casa, era una gran vergüenza para el duque de Berry, quien por ningún precio la habría sufrido en otro tiempo; pero ahora ya era viejo, y la última campaña le había debilitado tanto moral como físicamente.

Se decidió, pues, á enviar un heraldo al capitán general, para cuya concesión, decía Juan-sin-Miedo, que no tenía bastante poder.

Mientras que el heraldo cabalgaba hácia Paris, el duque de Borgoña hacia llamar á Simonet.

—Compadre,—le dijo,—habeis trabajado mucho en estos últimos tiempos. Es preciso que no os detengais en tan buen camino.

—Monseñor, lo que deseamos sobre todo es hacer vuestra voluntad, y por eso no cedemos ni á los Goys, ni á los Sainctyon, ni á los Tiber.

Esos personajes de que hablaba Caboche, eran, lo mismo que él, carniceros ricos que tenían sus partidarios, y quienes, en ciertas circunstancias contrapesaban el poder del capitán general.

Aunque Caboche obraba de concierto con ellos, temía su influencia y no desconfiaba nada para rebajarles.

—Sabemos,—continuó el duque,—que sois buenos y fieles defensores de nuestra autoridad, que es la del rey nuestro señor, la de la reina y del duque de Guynenne, hijo del rey, á quien á pesar suyo, queremos defender contra las empresas de los armagnacs, entre los cuales se ha echado desgraciadamente por culpa del traidor y cobarde Bernardo de Armagnac. Y por eso, seréis ciertamente bien recompensados; porque incesantemente queremos devolver á la ciudad de Paris sus derechos y franquicias, restablecer el prevoste de los mercaderes y los regidores en sus bienes, honras y dignidades, (1); pero no lo podemos hacer mientras los armagnacs no sean reducidos á una completa impotencia; y no sería así, si los más considerables volvieran á esta ciudad, so pretexto de paz, cuando tienen la

(1) Estas franquicias habían sido quitadas á los parisienses, veintinueve años antes con motivo de la insurrección llamada de los *Millot*.

En 1381, el duque d'Anjou, tío del rey, quiso establecer nuevos impuestos, en contra de la promesa que había hecho de aligerar las cargas al pueblo; los parisienses se sublevaron y juraron matar á todos los perceptores del impuesto, juramento que fué bien cumplido.

Al día siguiente, 1.º de Marzo de 1381, se oían en las calles gritos sediciosos: los sublevados corrieron á las armas; los que no tenían fueron á derribar las puertas de las casas consistoriales, y cogieron mazos de plomo fabricados por orden de Carlos V.

Derribaron las puertas de las prisiones, los detenidos en ellas salieron en libertad, las casas fueron hechas pedazos.

Amenazaron sin piedad á los perceptores del impuesto.

Uno de ellos se refugió como en un asilo sagrado en la iglesia de Sain-Jacques-de-l'Hôpital, al pie del altar mayor, y de allí fué arrancado y asesinado.

El saqueo siguió á los asesinatos.

Las casas de aquellos á quienes habían matado fueron desamuebladas, quemadas, derribadas.

Saciado su furor el pueblo comenzó á temer las consecuencias de sus desórdenes.

La Universidad de Paris se encargó de ir á Vincennes á pedir al rey el perdón de los culpables.

Ese perdón fué aparentemente concedido; pero á consecuencia de órdenes secretas el prevoste de Paris hizo arrestar durante la noche á un gran número de personas, y las hizo echar en el Sena atadas de pies y manos.

Todo parecía concluido; pero el año siguiente, volviendo Carlos VI de Flandes á la cabeza de su ejército victorioso, pensó tomar de los parisienses una venganza ruidosa.

El 11 de Enero de 1382, los príncipes y el joven rey partieron de San Dionisio á la cabeza de los tres cuerpos de ejército, dirigiéndose á la capital.

A esta noticia, el prevoste de los mercaderes y los regidores fueron á su encuentro, y pusieron á los pies del rey los presentes de costumbre y las llaves de la ciudad.

Esas ofrendas fueron rechazadas con desprecio.

Los príncipes querían entrar en Paris rompiendo sus puertas.

Bien pronto ocuparon sus numerosas tropas las principales calles y plazas de la capital; trescientos de los más ricos ciudadanos fueron presos, degollados; quitaron las cadenas que se tenía costumbre de atravesar en las calles durante la noche, y so pena de muerte se mandó á los parisienses entregar las armas en el Louvre.

En fin, el rey, por una ordenanza, abolió el prevostazgo de los mercaderes, los corregimientos y las comunidades de todos los oficios y suprimió las partidas de cuarenta, cincuenta ó cien hombres, establecidas para la defensa de la ciudad, &c., &c.

El duque de Berry había tomado mucha parte en esos actos de venganza, que no podíamos dejar de recordar para la buena inteligencia de los hechos subsecuentes que conciernen á ese príncipe.

rabia en el corazón. No sería así si quisiera hacer eso el duque de Berry, quien viene de Auvernia, donde á la cabeza de un partido de armagnacs, ha asesinado y robado sin piedad ni escepcion, á un gran número de aldeanos. Supongamos que se proponga negociar y volver á la gracia del rey. No es de él de quien recibiréis franquicias, porque á él se le debe su supresion, y no es hombre que ha de destruir su obra.

—Por San Javier! Monseñor, le harémos ver que recordamos sus maldades, y os prometemos no sufrirle en la ciudad de Paris.

—Para eso, compadre, es preciso que vigileis, porque ese príncipe es muy astuto, y es hombre que engaña á los mas vivos con una inconcebible facilidad.

—No temais, monseñor, que engañe á los carniceros de Paris. Si vuelve, sabrémos donde cogerle, y le enseñarémos que su hotel de Nesle no es una fortaleza tan formidable como á él le parece.

—Id, pues, compadre, y manifestaos siempre tan buen servidor y amigo del púeblo: no lo olvidarémos.

Orgullosos de gozar tanto del favor de ese príncipe, Caboche volvió al atrio de Nuestra Señora, donde estaba situada su tienda, y donde pronto, al son de la trompeta, fueron á rodearle sus colegas.

El capitán, á fin de que todos lo oyeran, subió en su mostrador, y con una voz estentórea les hizo esta alocucion:

—Compañeros! No es hora de dormir cuando velan los armagnacs, y cuando á nuestro encuentro se trafica con la traicion.

—Viva Borgoña!... Viva Borgoña!... Mueran los armagnacs!—gritaron los carniceros.

—Bien dicho, hijos míos,—replicó Caboche;—pero debeis saber que las malas fieras no son fáciles de matar. De ahí es que debemos tener mucho cuidado; porque sabemos de ciencia cierta, que algunos señores de los que han sangrado al pobre pueblo le quieren sangrar de nuevo y sin piedad, y para eso fingirán abandonar á los armagnacs, con el objeto de traicionarnos mejor y entregarnos.

—Sus! Mueran los armagnacs!... gritó la multitud.

—Y, á causa de dichas traiciones,—continuó Caboche,—venimos á pedirlos que se doble la guardia de la puerta de Nesle, porque para algunos malvados ese es el punto mas accesible.

Estas últimas palabras del capitán, resfriaron un poco el entusiasmo de los carniceros.

Matar, saquear, amenazar, armar ruido, eran para ellos cosas agradables y que mucho les divertian.

Pero montar tristemente la guardia soplándose los dedos, les parecia un pasatiempo mucho ménos agradable, y á los gritos de muerte comenzaban á suceder los murmullos de descontento, cuando otro orador saltó á la tribuna improvisada por Caboche, y exclamó:

—Looor á los carniceros del atrio! Pero, puesto que ellos hacen buena guerra,

no es justo que tengan toda la carga y otros no. Así, pues, requerimos á los de Santa Genoveva y del Châtelet, que ya que son nuestros para la batalla, lo sean también para guardar las puertas de las murallas.

Ruidosas aclamaciones acogieron esas palabras, y resolvieron enviar diputaciones á los otros carniceros de Paris.

Mientras tanto, el heraldo enviado por el duque de Berry, se había presentado á la puerta del hotel de Nesle, no porque estuviese todavía accesible como lo había dicho Caboche, sino porque desde allí podia cambiar señales con los guardias del hotel, y penetrar hasta Blanca, á quien tenia encargo de instruir de la vuelta de su padre.

En efecto, llegó hasta ella, con tanta mas facilidad cuanto que, desde lo alto de la torre de la orilla del agua donde ella se paseaba, le había reconocido por sus colores.

—Ah!—exclamó al saber la respuesta que Juan-sin-Miedo había dado al duque de Berry,—por qué se dejó seducir por los Orléans mi muy adorado padre? Hay cosa mas triste y desagradable que tener que pedir gracia á estos carniceros?

—Señorita,—dijo el enviado,—monseñor el duque sabe bien que nada tiene que esperar de semejantes gentes; y no quiere mas que ganar tiempo para volver á entrar furtivamente en este hotel, y esperar en él el fin de la guerra, porque en ninguna otra parte podria estar seguro.

—Id á ver á esos carniceros y que Dios os guarde!

El heraldo volvió á montar á caballo algunos instantes despues, y se dirigió hácia la Cité.

Desde la plataforma de la torre á donde había vuelto, Blanca le signió con la mirada hasta perderle de vista.

El corazón de la jóven estaba agitado por funestos presentimientos.

Se le figuraba que esa aparente sumision de su padre, debia causar alguna catástrofe terrible, y se prometió no salir ese día de la torre, donde segun su padre le había afirmado, estaria segura, sucediese lo que sucediese.

Cuando el heraldo llegó al atrio de Nuestra Señora, aún estaban reunidos allí los carniceros.

En vez de apearse para penetrar entre aquella multitud, sacó su caballo á riesgo de atropellar y de derribar á los hombres, á las mugeres y á los niños, porque todas las habitaciones se habían vaciado, y todo el mundo había acudido á oír las mociones de Caboche y de los suyos.

Inmediatamente se levantaron gritos é imprecaciones contra el malhadado caballero.

Pero él, sin manifestar que hacia caso de ellos, se paró sobre los estribos, y con una voz tan formidable que dominó el tumulto, preguntó donde estaba el carnicero Caboche.

Al instante, un hombre de formas hercúleas, con los brazos desnudos, armado

de un largo cuchillo teñido con sangre, se adelantó en medio de la multitud, la cual se abrió apresuradamente ante él, y asiendo con una mano la brida del caballo, mientras que con la otra levantaba su cuchillo, dijo:

—Yo soy el carnicero Caboche, capitan de los vecinos de Paris, y desollador de armagnacs y de otras bestias malélicas. Dí ahora quién eres, y cuidado como mientes, porque si tal haces puedes morir sin confesion!

El heraldo se afirmó en la silla; pero sin manifestar turbacion.

Era un guerrero valiente, incapaz de espantarse por tan poco.

—Capitan carnicero,—le dijo;—no estaria aquí si no lo hubiera deseado tu amo el duque de Borgoña.

—Señor,—dijo Caboche súbitamente calmado,—si venís de parte de monseñor Juan-sin-Miedo, amigo del pueblo y del rey, os escuchamos respetuosamente.

—Dios no quiera que pertenezca yo al burguiñon!—replicó el heraldo encabritando su caballo para apartar á la multitud. Soy de monseñor el duque de Berry, quien advertido por su sobrino Juan de Borgoña, os pide que le dejéis volver en paz á su hotel de Nesle, prometiendo que en lo de adelante no tomará parte ninguna en vuestras querellas.

Oyóse entre la multitud un murmullo de satisfaccion.

A causa de su magnificencia y de su prodigalidad, que se alimentaban de los sudores del pueblo, el duque de Berry era amado de las clases comerciantes, á las cuales aprovechaba su lujo, y les parecia que su vuelta debia tener sobre todos la mas benéfica influencia.

—Heraldo maldito!—esclamó Caboche;—nos crees diferentes de lo que somos. Crees que no sabemos la traicion del duque tu amo, quien de burguiñon se hizo armagnac, y como tal, hace mas de un año la guerra?

—No queremos decir lo contrario, señor capitan carnicero. Monseñor el duque de Berry hace lo que le agrada, y siempre es una cosa buena y respetable. Pues bien, ahora le agrada haceros saber que ya no quiere batallar ni en pro ni en contra de los armagacs ó de los burguiñones, sino vivir en paz con todos, y segun su costumbre hacer donativos á los necesitados.

Manifestóse en el auditorio un nuevo movimiento favorable.

Las manos de algunos principales carniceros se tendieron hácia el heraldo, y los gritos de:

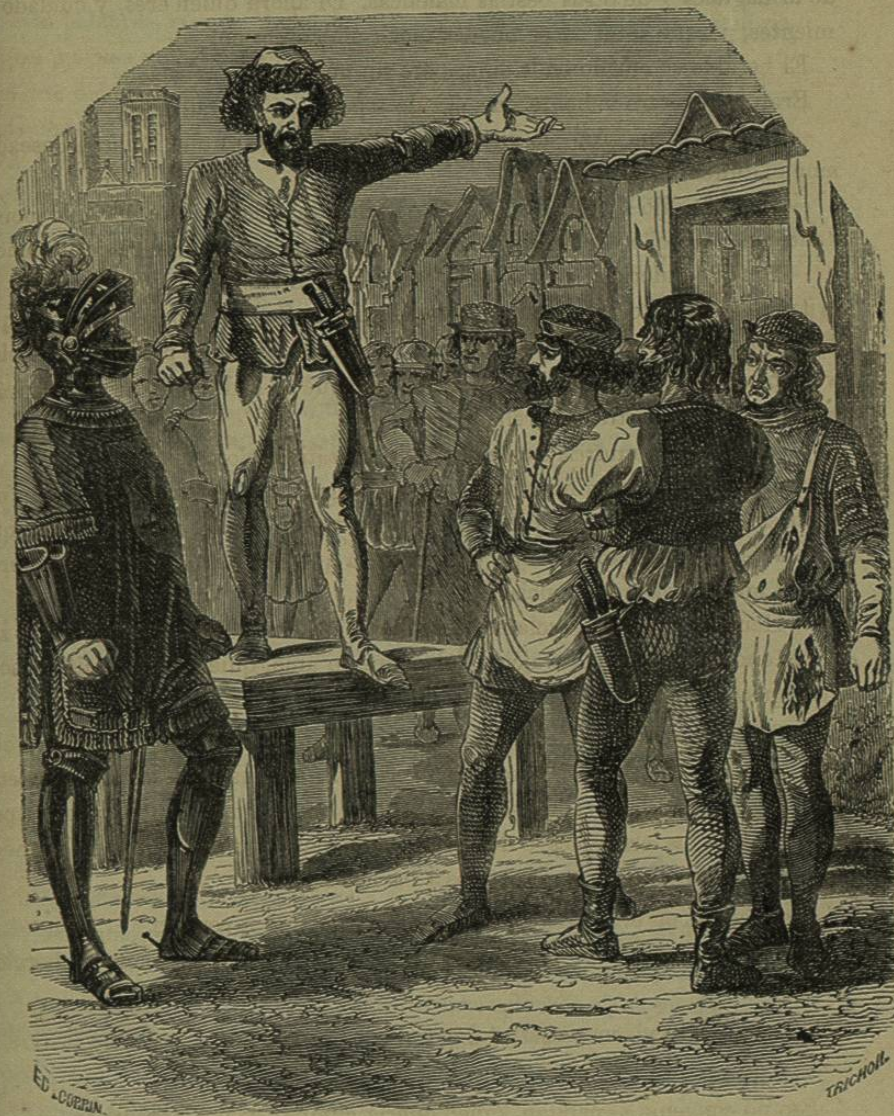
—Berry! Berry! comenzaron á mezclarse con los de:

—Borgoña!

Eso no convenia al capitan, quien queria cumplir sus compromisos.

Saltó, pues, de nuevo sobre su mostrador, y exclamó:

—Compañeros! si quereis ir á conocer al diablo, no podeis tomar mejor camino que el de tender la mano á los armagnacs, los cuales todos están escomulgados por bula de monseñor el Papa Urbano V.



—No habéis de esa bula falsa,—dijo el heraldo del duque,—porque no hay doctor en la universidad que no sepa que es de mala ley, y completamente falsa.

—Mientes!—gritó Caboche,—y para sostenerla, hallaremos cien doctores contra uno.

El audaz carnicero estaba de dicha; porque en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras, sonaron todas las campanas de Nuestra Señora, se abrieron todas las puertas de la basílica y la multitud se precipitó en el templo.

Allí, delante del altar mayor, rodeado de todo el clero, el obispo de Paris pronunció solemnemente la ex-comunion de los armagnacs.

Caboche, que se habia quedado en su mostrador, supo bien pronto lo que pasaba en el templo, y al instante su rostro se puso radiante de alegría.

—Hijos!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones y señalando con el dedo al enviado del duque de Berry,—queréis ahora hacer alianza con el diablo? Para eso no os costará grande trabajo, porque ahí está en persona y ha venido á tentaros.

—Atrás, Satanás!—gritaron algunas voces.

—Y ahora, hermanos míos,—continuó Caboche,—no veis que Juan de Berry, el armagnac, traidor al rey nuestro señor, no os pide la entrada á su hotel de Nesle, sino para entregar la ciudad á sus hermanos en diabluras y maleficios, y hacernos degollar á todos los hombres, á todas las mugeres, á todos los niños?.. Por Santiago! Hemos olido la trampa!... Sus! Muera el traidor! Muera!... Muera!

Y con el dedo señalaba al heraldo.

Este habia permanecido tranquilo en medio de la tempestad.

Solo al oír las últimas palabras del carnicero, llevó la mano á su espada.

—Hola! bribones!—dijo,—venia á traeros perdon, y me alegro de que le hayais desechado, porque necesitais hacer una ruda penitencia, y esta no os faltará.

A estas palabras volvió bridas, picó los hijares de su caballo, y desapareció dejando á Caboche dueño del terreno.

Caboche era á la vez muy audaz y muy hábil, para no sacar todo el partido posible de circunstancias tan favorables.

—Hijos!—esclamó,—dejad partir al traidor; pronto volveremos á hallarle, y pasando sobre él, irémos muy mas allá. Nada de perdon para los traidores! Al hotel de Nesle!... Porque si el traidor duque puede volver á él, se apoderará de esa puerta, y serémos sorprendidos y esterminados.

Y el pueblo, esa miserable veleta, quien en todo tiempo se vuelve á donde va el viento, se puso á gritar:

—Sus! Sus! Al hotel de Nesle!

—Silencio, hijos míos,—continuó Caboche, quien queria aprovecharse de la ocasion para asegurarse de su omnipotencia,—dejemos el paso libre á los imprudentes, y que los prudentes marchen en columna cerrada; para esto no estarán de sobra los Goys, los Sainctyon y los Tiber, de quienes hablábamos hace un

instante. Avisad, pues, á nuestros cofrades para que marchemos juntos y trabajemos con utilidad, porque no es cosa tan fácil tomar y saquear ese hotel que el duque de Berry ha convertido en fortaleza.

Las diputaciones partieron, y todos los que habian ido sin armas, fueron á armarse.

La mayor parte de los carniceros, no tenian mas que unos anchos y largos cuchillos; pero que eran armas terribles, como lo habian probado mas de una vez, manejadas por sus manos.

Muchos tenian largas y pesadas espadas que manejaban á dos manos, y algunos estaban armados de arcabuces.

Estos se colocaron á la cabeza de la columna, la que bien pronto se puso en marcha.

Conducida por su gefe Caboche, bajó la calle de San Cristóbal y la de las Calandrias, y por el puente de San Miguel, que estaba recientemente reparado, pasó el pequeño brazo del Sena.

Al llegar á la orilla izquierda, se reunió con la columna de los cofrades Goys, gefes de la carnicería de Santa Genoveva, y poco despues con las de Sainctyon y de Tiber, gefes de la gran carnicería del Châtelet.

Caboche mandó hacer alto abajo del puente, subió á un poste, y despues de haber hecho señal de que queria hablar, con el objeto de obtener silencio dijo:

—Hijos míos! hoy es cuando vamos á recobrar nuestras franquicias y libertad que nos quitó el rey nuestro señor, pronto hará treinta años, por consejo de su tío el duque de Berry, quien siempre despreció á los ciudadanos, y con mucho gusto les daría á comer á sus perros si no tuvieran otras vituallas.

—Viva Borgoña! Viva Borgoña! Mueran los armagnacs!—gritó toda la tropa blandiendo las armas.

Caboche continuó:

—Y dicho duque no solo nos ha quitado nuestras franquicias y nuestros derechos, sino que en ese mismo tiempo impuso á nuestros padres rescates tan enormes, que muchos murieron de hambre despues de que les pusieron en libertad. (1) Así, pues, con nuestras franquicias, es justo que también recobremos

(1) "Pusieron en libertad á los prisioneros; pero no fué sin que les costase lo que es mas caro despues de la vida; porque les fué preciso pagar al contado una multa igual al valor de todos sus bienes. ---"

"Semejante esacion se hizo á todos los ciudadanos que habian sido centuriones, gefes de cincuenta, sesenta ó diez hombres durante la sedicion, ó bien á aquellos de quienes se sabia que eran muy ricos.

"A nombre del rey, enviaron á casa de ellos unos satélites muertos de hambre quienes por la multa se lo llevaban todo; y como esta era mayor que la que podian soportar, veían que se llevaban sus bienes sin atreverse á quejarse de la desgracia de verse reducidos á la última miseria.

"Inmensas sumas, arrancadas de este modo á los parisienses, no entró en los cofres del rey, sino una tercera parte: los otros dos tercios fueron dados á los señores del ejército

nuestros bienes, y sin vergüenza podemos hacer un buen botin; porque aunque tomáramos diez veces mas de las riquezas que hay en el hotel de Nesle, aun nos debería ese traidor Armagnac.

Estas palabras tuvieron un éxito prodigioso.

La perspectiva de un numeroso y rico botin, acabó de escaltar las cabezas.

Los mas tímidos, ó los mas escrupulosos, se tranquilizaron considerando que, al saquear, no harian mas que recobrar una parte de los bienes que el duque de Berry habia quitado á sus padres, y esto arrancó á toda aquella multitud un concierto de gritos y de aclamaciones.

Caboche, viendo que su gente estaba dispuesta como él la queria, bajó de su tribuna improvisada, y las bandas continuaron su marcha, reclutando á cada paso artesanos, obreros, mercaderes ambulantes, y sobre todo estudiantes, gente la mas turbulenta que habia entónces, y que estaba seguro de encontrar allí donde habia botin que hacer y puñetazos que dar y que recibir.

—"para que los distribuyeran á las soldados, á fin de que se abstuvieran de pillar los campos y de que se retirasen.

"Pero los señores se lo cogieron todo, y los soldados, como de costumbre, impusieron rescates á todos los habitantes de los alrededores de Paris, saquearon las aldeas y se entregaron á toda clase de excesos."

(Crónica de San Dionisio, citada por DULAURE.)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.